

Los Judíos que estaban con ella en casa consolándola, al verla salir repentinamente, la siguieron, diciendo: Sin duda va á llorar al sepulcro. Cuando la alcanzaron, estaba ya postrada á los piés de Jesucristo. Su pena y su dolor eran tan expresivos, que los Judíos que la habian seguido no pudieron dejar de llorar con ella. Jesucristo al verla llorando, y que tambien lloraban los Judíos, gimió en su espíritu y se turbó á sí mismo. ¿Dónde le pusísteis? preguntó. Venid, Señor, y ved, le dijeron: y se encaminaron todos al sepulcro; mas luego que le alcanzó á ver Jesucristo, lloró. Entonces dijeron los Judíos: ¡Ved cuánto le amaba! Pero no faltaron algunos que dijeron: ¿No podia este que abrió los ojos á un ciego de nacimiento, hacer que no muriese su amigo? Esto en buenos términos era decir una blasfemia y una herejía al mismo tiempo. Parece que querian dar á entender, ó que el Señor no habia dado vista al ciego de nacimiento, y esto era una blasfemia contra su veracidad, ó que no habia podido impedir la muerte de Lázaro, y esto era una herejía contra su omnipotencia.

Resurreccion de Lázaro.

Jesucristo al ver su incredulidad, gimió otra vez en sí mismo y se acercó al monumento. Era este una bóveda que estaba cerrada por una gran piedra. Quitad esa piedra, dijo; y luego que la quitaron, se extendió por todas partes el hedor que arrojaba el cadáver. Ya apesta, dijo Marta, la hermana del difunto. Hace ya cuatro dias que está muerto y sepultado, y ha principiado ya á corromperse y podrirse. Marta, respondió el Señor, ¿por ventura no te he dicho, que si creyeres verás la gloria de Dios? Entonces Jesucristo se pone en oracion, levanta sus divinos ojos al cielo, y exclama: Padre mio, gracias os doy, porque me habeis oido.

Bien sabía yo que siempre me oís, mas lo he dicho para que el pueblo, que me rodea, crea que vos me habeis enviado (y que yo soy vuestro Hijo). Ya á este tiempo la majestad del Señor se traslucía en su divino semblante. El sepulcro estaba abierto y desde su boca se veía el cadáver tendido en el lóbrego nicho é hirviendo en gusanos. Todos los presentes se hallaban ocupados de un porvenir pavoroso y sobrecogidos de un horror secreto. Los discípulos, acostumbrados á los milagros, se prometian presenciar en esta ocasion el mayor que hubiesen visto en su vida; las dos hermanas le esperaban con ansia, y los amigos no sabian qué pensar de semejante espectáculo; pero aquí Jesucristo levanta su voz omnipotente, y pronuncia estas tres solas palabras: *Lázaro, ven afuera*, y Lázaro resucita. Estaba atado de piés y manos, cubierto su rostro con un sudario, y envuelto en un lienzo todo su cuerpo. Manda el Señor que le desaten y desenvuelvan, y Lázaro se pone de pié y se deja ver lleno de salud y de vida.

Nada nos dice la historia sagrada del gozo del muerto resucitado, ni de los trasportes de alegría de sus hermanas. Estos son unos hechos que en lances muy vehementes no pueden pintarse, y que el historiador se ve precisado á dejarlos á la consideracion de sus lectores. Por lo que mira á los Judíos que habian venido de Jerusalem á consolar á las dos hermanas, no dejó de ser para ellos un gran favor haberse hallado presentes á un suceso tan importante. La gracia hizo su impresion; creyeron que Jesucristo era el Mesías anunciado por los profetas, y aun se persuadieron algunos, que con este prodigio tendrian en su mano un remedio eficaz para vencer la incredulidad de los escribas y fariseos. Se presentaron á ellos y les refirieron la resurreccion de Lázaro y cuanto habia hecho Jesucristo en esta ocasion. Esperaron que vencerian su incredulidad; pero les engañó su esperanza. No eran los escribas y fariseos gente de volver atrás, y el aviso solo sirvió para

aumentar su odio contra el Señor y hacer que tomasen medidas mas prontas para quitarle la vida.

Profetiza Caifás, pontífice de aquel año.

Instruidos del milagro, y asustados de las consecuencias que podria traerles, juntaron luego un gran consejo para determinar el modo y medios de prenderle, lo mas pronto posible, y quitarle la vida. ¿Qué hacemos? se preguntaban en el consejo, ¿qué hacemos? porque este Hombre hace muchos portentos, y si le dejamos continuar, creerán todos en Él, y vendrán los Romanos y tomarán nuestra tierra y nuestra gente. Entonces uno de ellos, llamado Caifás, como fuese pontífice de aquel año, les dijo: Vosotros nada sabeis, ni pensais que conviene que muera un hombre por el pueblo, y que no perezca toda la gente. Esto no lo dijo de sí mismo, advierte el sagrado Evangelista, sino que, siendo pontífice de aquel año, profetizó: que Jesucristo habia de morir por la nacion, y no solamente por la nacion, sino tambien para juntar en uno los hijos de Dios que estaban esparcidos por todo el mundo.

Poseían el pontificado, en tiempo de Jesucristo, dos sumos pontífices, que turnaban por años en el ejercicio. Estos eran Anás y Caifás, que estaba casado con una hija de Anás, y por consiguiente era su yerno. Habia tocado á Caifás en este año el ejercicio del pontificado, y por eso dice y repite el sagrado Evangelista, que Caifás era pontífice de aquel año. Dios se valió en esta ocasion de la lengua de Caifás, como lo habia hecho en otro tiempo de la de Balaan, para anunciar la salvacion del universo. Conviene, dijo Caifás, que muera un hombre por el pueblo y que no perezca toda la gente, y así era. Convenia que muriese un Dios hombre, en cuanto hombre, no solo por el pueblo de Israel, sino tambien por el

pueblo gentil que se hallaba disperso. Es decir: que convenia que muriese por todo el género humano.

Jesucristo se retira á Efren y vuelve á Betania.

Desde el dia de este consejo tan grande, como grandemente inicuo, la muerte del Redentor quedó determinada, y mandado á los Judíos, que cualquiera que supiese donde moraba Jesus diese parte al tribunal para prenderle. Entretanto que los hijos de Israel se ocupaban en decretar la muerte de su Mesías y en disponer los medios de ejecutarla, Jesucristo, dejando la casa de los tres hermanos, Lázaro, Marta y María, se retiró á la ciudad de Efren en los desiertos de la Judea, como media jornada de Jerusalem. El tiempo era breve, pero no podia adelantarse ni un solo momento al que estaba decretado en los consejos eternos para la consumacion del sacrificio. Cuatro dias pasó en esta ciudad ocupado en preparar los ánimos de sus discípulos para el trágico suceso que les habia de quitar á su divino Maestro, y manchar á Jerusalem con su sangre.

Jesucristo habia partido de Betania para ir á Efren el lunes, y el viérnes salió de Efren para volver á Betania. Llegó á esta aldea al ponerse el sol, cuando principiaba la fiesta del sábado, y para no faltar al reposo que pedia la fiesta, hizo alto en aquel pueblo. La siguiente tarde, en la que cesaba la fiesta, entró Jesucristo al anochecer en la casa de Lázaro y sus hermanas. La mansion que el Señor habia hecho, durante el sábado, tocando casi en la casa del resucitado, fué como un aviso de su venida, y esta noticia trajo á la casa de Lázaro un gran número de Judíos de Jerusalem y de otros puntos. Querian ante todo ver y adorar al Señor; pero tambien querian ver á Lázaro, á quien el Señor habia resucitado. Un hombre vuelto á la vida despues de cuatro dias muerto y sepultado, bien merecia que hubiese un deseo de verle, y mu-

cho mas al Autor de este portento. Con dificultad podia imaginarse espectáculo mas admirable que ver juntos á Jesucristo y á Lázaro. El uno tan poderoso que sacaba vivos del sepulcro á los muertos de cuatro dias; y el otro tan dichoso que tenia en su casa y compañía al Señor que acababa de sacarle del sepulcro.

Cena de los tres hermanos para obsequiar á Jesucristo.

Aquella familia tan virtuosa y religiosa, como reconocida y agradecida, dispuso una gran cena para obsequiar á su querido Bienhechor, y convidó á ella á los muchos amigos que habian venido á verles de Jerusalem y de otros puntos. En este banquete, el mas precioso que se habia celebrado hasta entonces, presidia el Hijo de Dios humanado y rodeado de sus apóstoles, y el resucitado Lázaro con todos sus convidados. Marta, su hermana, servia segun costumbre; y la estática María se presentó en el convite llevando un vaso de alabastro lleno de preciosísimo nardo, del peso de una libra; se postró á los piés de Jesucristo, los ungió con aquel purísimo unguento y los enjugo con sus cabellos. Entonces no solo la sala de la cena, sino tambien toda la casa se llenó de la fragancia de aquel oloroso unguento.

De ningun modo podia hacer mejor empleo esta piadosa Israelita de los bienes con que la bondad del Señor la habia favorecido, que volviéndolos, en el modo posible, con mano generosa á su generoso Dueño; mas no faltó quien murmurase y reprobese una accion á todas luces grande y apreciable; y lo peor fué, que la censura vino de aquella parte de donde menos debia esperarse. Judas Iscariote, que aun se contaba en el número de los apóstoles, fué quien se atrevió á reprobar la generosidad de María. ¿Porqué, dijo el avariento, no se ha vendido este unguento por trescientos denarios (como seiscientos reales) y se ha dado á los pobres?

Murmuraciones impías sobre lo que se ofrece para el culto del Señor.

Las murmuraciones, como la de Judas, tan frecuentes entre los cristianos de nuestros tiempos, cuando ven la generosidad de algunas almas piadosas y celosas de la magnificencia del culto del Señor, son regularmente mas bien el lenguaje de una irreligion secreta que de una compasion verdadera para los pobres. No se murmura, ni contra el adorno excesivo de las habitaciones, ni contra el lujo de los vestidos, ni contra esas riquezas que insultan la pobreza y escandalizan al pobre; y se mira como un hurto, hecho á los pobres, cualquiera cosa que se emplea en el adorno de los templos y los altares. En las salas, en los estrados, en los gabinetes... brillan por todas partes las riquezas sin que se cuente con la miseria de los pobres, y solo entra la compasion cuando se trata del adorno de la casa del Señor á quien lo debemos todo.

Quien habló realmente en esta ocasion, no fué la compasion de los pobres, sino la impía avaricia de Judas. Era el portador de la bolsa en que se depositaban las limosnas para el sustento del colegio apostólico y los pobres, y las utilizaba en su provecho. Por eso sentia que aquel bálsamo no se hubiese vendido y puesto su importe en la bolsa; y esta fué la causa de la agria reprension del apóstol avaro á la generosa discípula. Mas aquí Jesucristo, sin acusar al culpado, tomó la defensa de la inocente. Dejadla, dijo, porque buena obra ha hecho conmigo. Siempre tendréis pobres con vosotros, mas á mí no siempre me tendréis. Esta ha hecho lo que ha podido. Se ha adelantado á ungir mi cuerpo para la sepultura. En verdad os digo, que donde fuere predicado este Evangelio, en todo el mundo, será contado tambien lo que ha hecho conmigo esta mujer para gloria de ella.

Proyectan los principes de los sacerdotes matar á Lázaro.

Desesperados estaban las príncipes de los sacerdotes al ver que los pueblos, desde la resurreccion de Lázaro, seguían cada vez con mas fervor y en mayor número á Jesucristo, y en su desesperacion trataron de matarle. Decretada como estaba ya por el consejo la muerte del Señor, les importaba poco añadir el homicidio al deicidio. Convinieron en deshacerse de Lázaro, volviendo á sumergirle en el sepulcro, de donde el Señor le habia sacado, para quitar de la vista de los hombres este asombroso testigo del poder de Dios. ¡Cómo si el Señor no pudiese resucitarle despues que ellos le matasen, como lo habia hecho despues que la enfermedad le habia quitado la vida! Ignoramos el motivo que tuvieron para llevar adelante su cruel proyecto. Acaso conocieron su desatino; pero cualquiera que fuese, lo que sabemos es que Jesucristo, á cuyos divinos ojos nada se ocultaba, en vez de huir un furor que no queria perdonar ni aun á los resucitados, se presentó en Jerusalem, y lo hizo de un modo tan propio para animar á sus apóstoles, como para desanimar á sus enemigos.

Domingo de Ramos.

En la mañana de la feria segunda, que correspondia á nuestro domingo, cuando ya no faltaban á Jesucristo sino cinco dias que pasar sobre la tierra, salió de Betania, acompañado de sus discípulos, y habiendo llegado á Betfage, arrabal de Jerusalem, situado al pié del monte llamado de las Olivas, llamando á dos de sus discípulos, les dijo : Id á esa aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallaréis atados una asna y un pollino, sobre el que aun no se ha sentado hombre. Desatadles y traédmelos; y si alguno os dijere alguna cosa, le diréis



que el Señor los ha menester, y al instante los dejará. Fueron, pues, los discípulos, é hicieron como les habia mandado el Señor, y cuando les desataban, dijeron los dueños, ¿porqué los desatais? Y ellos respondieron: Porque el Señor los ha menester, y al momento les dejaron llevarlos. Todo esto se hacía para dar cumplimiento á la profecía que dice: No quieras temer, hija de Sion. Hé ahí que tu Rey viene á ti, lleno de mansedumbre, sentado sobre un pollino, hijo de la que esta bajo de yugo.

Luego pusieron los apóstoles sus vestidos sobre la asna y el pollino é hicieron sentar á su divino Maestro sucesivamente sobre la asna y el pollino. La asna figuraba la sinagoga de los Judios, que ya de largo tiempo vivian bajo el yugo penoso de la ley de Moises; y el pollino representaba el pueblo de los gentiles, que habia vivido hasta entonces sin yugo. El Señor se sentó sobre los dos, para significar, dicen san Jerónimo y san Agustin, que los que habian de componer su pueblo serian tomados de Judios y gentiles. Apenas principiaron á caminar para subir á Jerusalem, cuando les rodeó una multitud de piadosos Israelitas que acudieron de la capital y de sus contornos y aldeas; y de otro no menor que habia venido en aquellos dias á celebrar la Pascua. Aun concurrieron muchos gentiles que, temerosos de Dios, venian en esta gran solemnidad á adorar el Señor en su templo. De toda esta multitud, unos tendian sus capas en el camino para que sirviesen de alfombras. Otros cortaban ramos de los árboles para adornar con ellos la carrera, y todos generalmente llevaban en sus manos palmas ó ramos verdes de oliva para adornar el triunfo. Los apóstoles y discípulos que rodeaban al Señor, le bendecian con toda su alma por sus grandes maravillas, y las turbas de hombres, mujeres y niños, que le precedian y seguian, saltaban de alegría, diciendo: Hosana al Hijo de David (salvad, Señor, al Hijo de David). Bendito el que viene, Rey de Israel, en el nombre del Señor.

Subida del Señor al templo y prediccion de la ruina de Jerusalem.

Al oír esto los fariseos se decían asombrados : ¿ No veis que nada adelantamos ? Hé ahí que todo el mundo se va atrás de Él ; y acercándose algunos de ellos á Jesucristo, le dijeron : Maestro, reprende á tus discípulos para que callen. Si ellos callaren, les dijo el Señor, clamarán por ellos las piedras. Esta solicitud de los fariseos no pudo impedir que siguiese la marcha triunfal de Jesucristo. Continuaron y se aumentaron las aclamaciones con la multitud que se incorporaba y aumentaba esta procesion divina ; y este triunfo habria sido para Jesucristo de mucho consuelo, si no hubieran venido á llenar de amargura su alma los objetos que se iban presentando á sus ojos. Cuando alcanzó á ver á Jerusalem, á esta ciudad desdichada, que amaba como porcion principal del campo que le habia confiado el Padre de familias, lloró sobre ella, y dijo : ¡ Ah ! ¡ si reconocieses tú, Jerusalem, siquiera en este día, las cosas que pueden atraerte la paz ! Pero estan ahora ocultas á tus ojos porque días vendrán sobre ti, en que tus enemigos te rodearán (de trincheras), te apretarán por todas partes, echarán por tierra tus muros, perecerán á sus manos tus hijos, te convertirán en ruinas, y no dejarán piedra sobre piedra ; porque no has conocido el tiempo de tu visitacion (no has querido aprovecharte del tiempo de tu salvacion). Prediccion lastimosa ! ¡ amenaza terrible, que firmada con las lágrimas de un hombre Dios, tuvo el mas entero cumplimiento antes de cuarenta años !

Gimiendo y llorando subía el divino Jesus á la ciudad ingrata que hacia correr sus lágrimas, y nadie sentía menos las desgracias de esta ciudad desdichada que ella misma. Cuando entró el Señor, todo se puso en movimiento, no para hacer penitencia como Nínive, sino para saber quién venía. ¿ Quién es ese ? preguntaban los que

se hallaban en ella á los que venían acompañando al Señor : ¿ quién es ese á quien haceis un acompañamiento tan majestuoso ? Este, decían los pueblos que le seguían, este es Jesus, el Profeta de Nazareth (de donde vosotros decís que no puede salir cosa buena). Siguió el Señor sin detenerse hasta el templo, y se apeó en el atrio exterior, donde podían seguirle Judíos y gentiles. Lo primero que se presentó á sus divinos ojos fué el abuso que se hacia de la casa de oracion, convirtiéndola en casa de negociacion, cuyo abuso habia reprendido ya en el principio de su predicacion, y volvió á reprender ahora con la indignacion que le causaban las profanaciones de la casa de su Padre.

Hace Jesucristo nuevos prodigios en Jerusalem.

El estado de enojo en que pusieron á Jesucristo los profanadores del templo, no detuvo á los necesitados para que dejasen de acercarse al Señor. Los ciegos, los cojos, y toda clase de enfermos le cercaban, y á todos sanaba. Tambien los niños rodearon al Señor, clamando : Hosanna al hijo de David (gloria, honor, bendiccion y salud al Hijo de David). Viendo los príncipes de los sacerdotes y los escribas las maravillas que obraba, y oyendo el clamor de los niños que le bendecían, se indignaron en gran manera, y le dijeron : ¿ No oyes lo que claman estos ? Sí, les dijo Jesucristo, lo he oido. ¿ Y no habais leído nunca vosotros lo que dice el profeta : *De la boca de los niños, y de los que maman, sacaste tu alabanza ?* Nada tuvieron que reponer aquí los enemigos del Señor, que conocieron la exacta aplicacion de la profecía, y desampararon el campo, llevando consigo sus malas disposiciones ; mas luego vinieron á ocuparle varios Griegos gentiles con las disposiciones mas bellas. Algunos de ellos que habian subido á Jerusalem para adorar al Señor en la festividad, se acercaron al apóstol Felipe, que era Griego

de origen como ellos, y le dijeron : Queremos ver á Jesus. Felipe al ver el candor de estos verdaderos hijos de Abraham, no solo procuró que viesen al Señor, sino que asistiesen á la instruccion que este divino Maestro iba á dar en el templo á los apóstoles y al pueblo.

Parábola del grano que se siembra.

Luego principió su enseñanza por una breve parábola, que aclaraba una gran verdad. Ya vino la hora, dijo, en que el Hijo del hombre sea glorificado. Mas es necesario que suceda con Él lo que con el grano de trigo. Cae este en la tierra, y si no muere permanecerá solo, pero si muere, producirá mucho fruto. Así sucederá con el Hijo del hombre. Al decir esto, se presentaron con la mayor viveza en su imaginacion todos los tormentos que le esperaban, y exclamó : Mi alma está en gran manera turbada, ¿y qué diré? ¿á quién dirigiré mi palabra? Á vos, ¡ó Padre mio! es á quien me acojo en medio del horror que me ha sobrecogido. Salvadme, Señor, de la terrible hora que acerca; pero no así ¡Dios mio! porque yo no he venido para huir los tormentos, sino para ofrecermé á vos en sacrificio. Aceptadle, Señor, y glorificad vuestro santísimo Nombre.

Estos temores eran en Jesucristo tan reales, como en los demás hombres; solo con la diferencia de ser mas sensibles y angustiosos. Cuando su Majestad no suspendia la accion de la naturaleza (como era dueño de hacerlo), temia tanto mas los tormentos, las afrentas y la muerte, cuanto eran mas exquisitos y delicados los sentimientos de su perfectísima alma, mas viva su imaginacion y mas honda la pintura que hacian en ella.

Una voz del cielo glorifica el nombre del Señor.

Luego que Jesucristo acabó de pronunciar estas palabras : *Padre mio, glorificad vuestro santísimo Nombre*, vino una voz del cielo que dijo : Ya lo he glorificado y lo glorificaré otra vez; qué fué decir : Ya he glorificado mi nombre con vuestra santísima vida, y le glorificaré otra vez con vuestra penosísima muerte. Al oír la voz que venia del cielo, ha tronado, dijeron unos : un ángel del Señor le ha hablado, dijeron otros; pero Jesucristo les dijo : No por mí ha venido esta voz, sino por vosotros, para que conozcais que soy Hijo de Dios. Ahora será el juicio del mundo; ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera (de su trono), y cuando yo fuere levantado de la tierra, todo lo atraeré á mí mismo. Esto lo decia, añade el Evangelista, para significar la muerte de cruz, de que habia de morir. Entonces dijeron los Judíos : Nosotros hemos oído en la ley, que Cristo permanecerá eternamente; ¿cómo, pues, dices tú, que conviene que el Hijo del hombre sea levantado (crucificado)? ¿quién es este Hijo del hombre? Aun hay en vosotros un poco de luz, les dijo el Señor. Andad mientras teneis esta luz, no sea que os sorprendan las tinieblas. Mientras que teneis luz, creed en la luz para que seais hijos de la luz, que fué como decirles : que se aprovechasen de la luz en los pocos días que le quedaban de vida, antes que viniesen las tinieblas de su muerte y ya no pudiesen obrar; y así en efecto sucedió, porque, como observa san Juan Crisóstomo, las espesas tinieblas de que fueron sorprendidos los Judíos en la muerte de Jesucristo, produjeron en sus corazones una total extincion de la luz, que les excluyó del número de los hijos de la luz. Esto dijo Jesus estando en el templo, y con esto se concluyó un triunfo que habia principiado con tanta gloria. Al llegar la noche salió Jesucristo con sus apóstoles del

templo y fué á pasarla en Betania á la casa de los tres hermanos, sus predilectos.

Parábola de los colonos que matan á los siervos y al hijo del dueño de la viña.

Otro dia por la mañana volvió con ellos á Jerusalem, y despues de repetir sus quejas contra los que profanaban el templo, propuso otra parábola en la que no podia desconocerse, no solo su muerte, sino su próxima é injustísima muerte. Habia, dijo, un padre de familias que plantó una viña, la cercó de vallado, cavó en ella un lagar, edificó una torre, y arrendándola á unos colonos, se partió á tierras distantes. Cuando llegó el tiempo de la cosecha, envió sus siervos para que recogiesen la renta; pero los colonos, echando mano de ellos, hirieron al uno, mataron al otro, y al otro apedrearon. Volvió á enviar el padre de familias otros siervos, en mayor número que los primeros, é hicieron con ellos lo mismo. Entonces dijo el señor de la viña, ¿qué haré? Enviaré á mi carísimo hijo. Acaso cuando le vean, le respetarán. Mas los colonos viendo al hijo, dijeron entre sí : Este es el heredero : venid y matémosle y tendrémos su herencia. En efecto, los indignos colonos le prendieron, le sacaron de la viña y le mataron. Ahora, pues, cuando viniere el señor de esta viña, ¿qué hará con ellos? Destruirá, dijeron, á los malos malamente, y arrendará su viña á otros colonos que le paguen la renta á su tiempo.

Bien conocieron los escribas y fariseos, y los príncipes de los sacerdotes y del pueblo, que la parábola toda entera caía derechamente sobre ellos y sobre sus padres; señalando á sus ascendientes, como perseguidores de los profetas, y á ellos como homicidas del heredero del Padre de familias, cuya sangre iban á derramar para echar el sello á las iniquidades de sus padres

y atraerse su entera ruina. Desesperados al verse pintados delante del pueblo de un modo tan claro y odioso, no respiraban sino venganza, y se hubieran apoderado del Señor en el momento que concluyó su parábola, si el temor de ser hechos pedazos por un pueblo, que le escuchaba y le amaba, no les hubiera precisado á dilatarlo para mejor ocasion. Por ahora tuvieron para consuelo de su desazon la mortificacion de oír en presencia del mismo concurso otra parábola que no les confundió menos que la anterior, aunque no les aprovechó mas para su conversion.

Otra parábola del banquete preparado por un rey para las bodas de su hijo.

Es semejante el reino de los cielos, continuó Jesucristo, á un rey que preparó bodas para dar esposa á su hijo. Cuando todo estaba dispuesto, envió sus siervos para que llamasen á los convidados á las bodas, y no quisieron venir. Envío de nuevo otros siervos para que dijesen á los convidados : Mi banquete está preparado ; mis toros y animales gruesos estan muertos : todo está ya dispuesto, venid á las bodas. Mas ellos despreciaron el aviso y se fueron, el uno á su hacienda, el otro á sus negocios, y los demás echaron mano de los siervos, y despues de haberlos ultrajado, los mataron. El rey, cuando lo oyó, se irritó mucho, y enviando sus ejércitos, destruyó á aquellos homicidas ; puso fuego á su ciudad, la redujo á cenizas, y dijo á sus siervos : Las bodas estan preparadas ; pero los que habian sido convidados, no fueron dignos (de asistir á ellas). Id, pues, á las salidas de los caminos y llamad á las bodas á cuantos encontráreis. Y habiendo salido los siervos, juntaron á todos los que hallaron, malos y buenos, y se llenaron las bodas de convidados. En tal estado, entró el rey para ver á los que estaban sentados á la mesa, y vió allí uno